

Ramón de la Trinidad PIÑERO MARIÑO, *El pecado original y sus consecuencias antropológicas*, Cáceres, Servicio de Publicaciones Instituto Teológico de Cáceres – Diócesis de Coria-Cáceres (Serie Estudios, 13), 2018, 24 x 17 cm, 150 pp., ISBN: 978-84-947475-2-6.

Ramón de la Trinidad Piñero Mariño es profesor de teología del Instituto Teológico “San Pedro de Alcántara” de Cáceres (UPSA) y del Instituto Superior de Ciencias Religiosas “Santa María de Guadalupe” de la Provincia Eclesiástica de Mérida-Badajoz en su sede de Cáceres (UPSA). El libro que presentamos es fruto de sus estudios en la licenciatura en Ciencias del Matrimonio y de la Familia cursados en el Instituto Juan Pablo II, sede de Murcia en lo que se refleja sus estudios de licenciado en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia de Salamanca.

La posición de la teología católica sobre el pecado original es, en principio incontestable, pero ello no supone que haya sido incontrovertible. El autor señala en la introducción el hecho de que hay “autores plantean la hipótesis de la inexistencia de un pecado original originante y que es transmitido de generación en generación”. Cita al teólogo Alejandro Villalmonete. Efectivamente, el teólogo franciscano capuchino, ya fallecido, puso en entredicho el carácter dogmático de la doctrina del pecado original, arrinconándolo a una teoría teológica y una creencia religiosa a los que dedicó tres libros: *El pecado original. Veinticinco años de controversia: 1950-1975* (Salamanca, Ediciones Naturaleza y Gracia, 1978), *Cristianismo sin pecado original* (Salamanca, Ediciones Naturaleza y Gracia, 1999) y *El pecado y la gracia en la cultura occidental. Visión franciscana del hombre* (Salamanca, Ediciones Tenacitas, 2010).

La *Introducción* (pp. 11-12) del libro expone las cuestiones fundamentales de la obra a modo de objetivo que el autor propone a partir de *Gaudium et spes* 13. Se trata de cuatro cuestiones que son las que estructuran el libro.

El primer capítulo titulado *El estado de justicia original* (pp. 13-37) responde a una primera cuestión sobre la existencia de un estado de justicia original y la existencia del pecado original, que implica un corte radical en la historia de la persona humana sobre la tierra. Para ello el autor parte de las fuentes bíblicas, de la tradición y del magisterio, y expone la reflexión sistemática exponiendo la gracia del estado original, los llamados “dones preternaturales” para concluir la “historicidad” del estado original.

A la segunda cuestión, sobre los fundamentos escriturísticos de la doctrina del pecado original responde el segundo capítulo *El pecado original en las Escrituras: Génesis y Pablo* (pp. 39-67). A partir del relato genésico, su contenido, y significado, así como la naturaleza y consecuencias del pecado de Adán; y desde el contexto de la doctrina paulina del pecado original y el paralelismo Adán-Cristo (Rm 5:12ss) el autor intenta evidenciar la base bíblica de la existencia y consecuencias reales antropológicas del primer pecado en la naturaleza propia del ser humano.

En tercer lugar, el autor, en el capítulo *Diversas interpretaciones sobre el pecado original y la doctrina del Magisterio de la Iglesia* (pp. 69-107), hace un recorrido histórico de la evolución del pensamiento teológico acerca de la doctrina del pecado original, partiendo de san Agustín y la crisis pelagiana para pasar a Tomás de Aquino y centrarse en las doctrinas conciliares de Trento y el Concilio Vaticano II y la definición dada en el Catecismo de la Iglesia Católica para mostrar desde su selección y según él “con enorme claridad” (p. 12), la cualidad de la doctrina dogmática de la afirmación de un primer pecado.

El cuarto y último capítulo que se titula *Consecuencias antropológicas del pecado original en el hombre caído* (pp. 109-131) constituye el núcleo central del libro. Una vez asentada la doctrina se establecen las consecuencias del hecho fundante del hombre histórico de un pecado original. Como el autor manifiesta “Partiendo de esta clave queremos acercarnos a varios autores que presentan de modos distintos los graves problemas que ha ocasionado en el centro del ser humano la caída de su condición originaria: el papa Juan Pablo II, Carlo Caffarra y los teólogos moralistas Livio Melina, José Noriega y Juan José Pérez-Soba en su obra conjunta *Caminar a la luz del amor. Los fundamentos de la moral cristiana*” (p. 111).

La obra concluye (*Conclusiones*, pp. 133-148) señalando algunas evidencias según sus análisis anterior a partir de lo dicho en la Sagrada Escritura, la teología y el Magisterio y una síntesis sistemática de las consecuencias antropológicas del pecado original, para afirmar como tesis final que “Todas estas conclusiones nos llevan afirmar algo muy importante: no se puede construir una antropología adecuada, a la luz de la revelación y con la ayuda de la filosofía, si no se tienen en cuenta las consecuencias antropológicas del pecado original, pues sería una antropología que negaría la totalidad de los factores en juego cuando tratamos de todo ser humano, sería construir en el vacío sin tener en cuenta el corazón del hombre” (p. 148).

Se trata de una obra sólida, que nace del convencimiento teológico de la realización de una antropología que parte de una posición asentada en la Biblia, en la tradición, en el magisterio y alimentada por la reflexión teológica: la realidad del pecado original en la historia humana. La solidez de la obra se asienta en la opción de una asentada exégesis, de una recapitulación de algunos autores tradicionales, del magisterio y de una línea teológica determinada. El autor no quiere arriesgar, no porque no quiera, sino por le propio convencimiento, pero hubiera sido más enriquecedor haber abordado las complejidades y retos teológicos planteados por otras líneas de interpretación filosófica y teológica, que hubiera seguramente afrontado con solvencia. No obstante se trata de un buen trabajo que como dice el profesor Florentino Muñoz en el *Prólogo* (pp. 9-10): “Estoy convencido que esta reflexión bíblica, teológica y pastoral nos ayudará a conocer mejor nuestro ser y nuestra situación ante Dios, ante uno mismo y ante los demás en este mundo creado por Dios” (p. 9).

Manuel Lázaro Pulido  
UNED